

II

LEMA: Esperanza.**(MENCIÓN HONORÍFICA).**

Hoy hemos llegado a la Imperial ciudad, exclusivamente interesados en ver y oír, en el campanario de la torre de la Catedral, dar las campanadas de las doce a la famosa «San Eugenio».

Aún faltan unos minutos, en los cuales miramos desde la enorme altura la ciudad, que con ondulaciones violentas se extiende a sus pies silenciosa y rendida.

Toda ella parece alzarse del Tajo voluntaria y propicia, o más bien compelida por el mismo río, que al rodearla, cual potente y formidable argolla, la constriñe y eleva, obligándola a ofrecer pedestal digno en que se alce este gigantesco pilar, joya de piedra, que avanza en el espacio retador y admirable.

La ciudad así observada ofrece tal interés, descubre tal encanto y recuerda tan intensamente su pasado, que no acertamos sobre qué punto fijar nuestra vista, ni sobre cuál sugerencia nuestro pensamiento.

Cualquier castillo o santuario, alcázar, ruinas o convento, palacio o torreón, cúpula o arbotante, puente o muralla, ermita o campanario, ajimez, portada, cobertizo, monasterio, arco, calleja o piedra, en fin, brinda campo en que dejar los ojos recrearse, pasto espiritual con que sueña el alma y amplio espacio en que soltar a su vuelo la imaginación más fecunda y alada. No puede examinarse un sólo detalle de este maravilloso asiento de la magnífica y gallarda torre, sin que llegue a nuestra memoria un episodio, escena o personaje del gran drama épico «La Historia de España». En él estuvo mil y más años la tramoya del drama accidentado y bello. Ved si estará íntimamente ligado a Clio, la más elevada y noble de las musas, y si podrán separarse por los siglos de los siglos, cuando en estos no alcanzamos a descubrir su enlace.

Este pueblo viejo y olvidado es el abuelo venerable y aristocrático de lengua barba y dorado báculo que descansa rendido de su largo e intenso vivir. Todos los pueblos modernos, soberbios y pujantes, ebrios de esplendor, savia y juventud, se descubrirán respetuosos, a fuer de bien nacidos, ante el nombre sólo de este anciano augusto y decrepito, víctima de la arbitrariedad de un rey «desapiadado y sombrío».

Con nosotros le contempla un periodista, toledano neto, amante y defensor suyo tan entusiasta, que le defendería de iconoclastas, chamarileros y demolidores espada en mano, si acaso no bastasen los puntos de su pluma. Este periodista, amigo nuestro, va relatando cosas viejas, históricas unas, legendarias otras, las cuales escuchamos suspensos, los ojos fijos donde su brazo extendido nos señala y el alma y la atención, allí, donde su palabra, cautivadoramente, nos las lleva.

«En aquellas ruinas que se descubren en la margen del río, palacio un tiempo de Galafre, suntuoso y ensoñador con sus fantásticos pabellones políceromos e ingeniosas clepsidras, estuvo alojado por el caballero moro Almamún, el ilustre proscrito, huído.....».

«Sobre aquel pináculo coronado de casuchas morunas, se alza el palacio del walí Amrú, teatro aquél y ejecutor éste de la más monstruosa y cobarde hazaña concebible, cual fué la de asesinar a traición, en una sola noche, a cuatrocientos hidalgos toledanos, valiéndose.....».

«En este lado se divisa el emplazamiento del de Leovigildo, en cuyos calabozos derramó su hijo, el santo, lágrimas que redimieron a su hermano Recaredo de las falsas creencias, provocando la adjuración trascendente.....».

«En aquel otro, al pie del histórico y soberbio alcázar sostuvo su fe, entre vejaciones y cruento martirio, la virgen toledana ante el Daciano impío.....».

«Allí, las casas de Padilla, el defensor supremo de las libertades patrias, que puso en sus labios, camino del cadalso, aquellas altísimas palabras: *Sr. Juan Bravo, ayer.....*».

«Más allá, parece que estaba la cueva misteriosa, donde el astrólogo Ferecio.....».

«Acullá.....».

Nuestro admirado cicerone sigue y sigue revelándonos las evocaciones sugeridas por este solar castizo y viejo. Dijérase que

estas evocaciones fluctúan en el aire, desprendiéndose de sus muros y de sus piedras lógicamente, irremediamente, como surgen del suelo las plantas, o como se desprende de las flores su aroma. Y basta «saber mirar» para sorprenderlas, y no mucha sensibilidad para sentir las.

Pero....., van a dar las doce.

Miramos entonces de frente la «campana gorda», que pende imponente en el centro del campanario, de formidables vigas forradas de hierro.

Su sólo aspecto intimida y asusta, imponiendo un tácito y general silencio de asombro, de estupor. Un ligero desasosiego nos invade al pensar que esta gigantesca mole metálica, con sus mil quinientas arrobas de bronce, va a vibrar sobre nuestras cabezas. Espantable debe de ser el estrépito escuchado en su recinto, cuando pone en vibración el aire de tantos kilómetros a la redonda.

Va acentuándose en nosotros un nerviosismo irremediable y creciente a medida que el momento, ya próximo, se acerca. Estoy seguro que todos sentimos el deseo de huir escaleras abajo. Pero una dignidad mal entendida, el temor pueril de aparecer pusilánimes ante los demás, a todos nos detiene. Nadie quiere ser el primero, ¡Ay, si uno tirase la primera piedra iniciando la huída! ¡Cómo se lo agradeceríamos! Desgraciadamente todos somos víctimas de la misma aprensión, esclavos de los mismos prejuicios, presa de la misma flaqueza, y esperamos el horrible estruendo, quietos, atemorizados, profundamente arrepentidos de nuestra osadía.

El reloj de la Chapinería da las doce. El corazón salta con la precipitación y violencia que el del enamorado en los momentos que preceden a la presencia de la mujer querida, como el del jugador audaz que aventura a un naipe su fortuna.

Las cuerdas que mandan el badajo empiezan a tensarse, sin que se advierta en virtud de qué fuerza. Semejan fantásticas serpientes que se enroscan magníficas y soberbias, como queriendo triturar en sus poderosos anillos todo el artificio de engranajes y poleas, que crujen doloridas bajo la bárbara presión.

Es un momento ya, ¿por qué no confesarlo?, de franco pavor. Nos asimos inconscientes a la reja de la Sermonera, miedosos de que al choque la torre se desplome o nos falte sustentación y caigamos en el vacío.

El badajo inicia un movimiento de vaivén, pausado y solemne, amenazando progresivamente, en cada oscilación, con romper el reposo del coloso de bronce.

El pánico nos lleva en nuestro aturdimiento a hurtar el cuerpo, ocultar el rostro, cerrar los ojos y evitar la respiración, apretándonos más y más a la reja de la *Espanta Diablos*.

Por fin, en un rápido avance, el badajo alcanza la circunferencia y el choque pavoroso y bronco se produce. Suena dos veces más y abrimos los ojos a la luz, el pecho a la respiración y el ánimo a la vida.

¡Ah! ¡Que descanso!

Grande, hermoso, hondamente interesante ver y oír—en el campanario de la torre de la Catedral—dar las doce a la famosa «San Eugenio». Pero..... no volveremos a escucharlas.

Jesús López Alonso.